

—Ay Jesús! exclamó Margarita. ¡Eso es un caudal! De dónde lo habeis sacado?

—Lo he ganado, contestó Fantina. Al mismo tiempo se sonrió. La vela alumbraba su fisonomía. Su sonrisa era sangrienta; saliva rojiza le manchaba los extremos de la boca, en cuyo centro se veía como un agujero negro. La habían arrancado los dos dientes. Envió los cuarenta francos á Montfermeil. La enfermedad de Cosette fué fingida: era una estratagema de los Thenardier para sacar dinero. Cosette estaba buena.

Fantina arrojó el espejo por la ventana.

Hacia ya tiempo que dejó su cuartito del segundo piso y se subió á una boar-dilla, cerrada solo con un picaporte, debajo del tejado, á uno de esos desvanes cuyo techo forma ángulo con el suelo, y donde á cada paso tropieza la cabeza. El pobre solo puede llegar al fondo de su cuarto como al fondo de su destino, encorvándose más cada vez. Fantina ya no tenía cama: le quedaba un pingo, al que llamaba cobertor; un jergon, tendido en tierra, y una silla desvencijada. Tenía un rosal que, olvidado, se había secado en un rincón; en el otro rincón había una tinajilla para contener el agua, que se helaba en invierno, y en ella quedaban marcados los diferentes niveles del líquido por medio de círculos de hielo.

Fantina perdió primero el pudor y despues la coquetería, que es el signo final. Salía con papalinas sucias, y por falta de tiempo, ó por indiferencia, ya no repasaba la ropa. A medida que se le gastaban los talones, iba metiendo la media dentro del zapato, lo que se descubría por ciertos pliegues perpendiculares. Remendaba el corsé, viejo y usado, con pedazos de percal de color, que se desgarraban al menor movimiento. Los acreedores le "armaban escándalos," y no la dejaban descansar. Los encontraba en la calle y los volvía á encontrar en la escalera. Pasaba las noches llorando y cavilando. Le brillaban los ojos y sentía un dolor fijo en la espaldilla, hacía lo alto del omoplato izquierdo. Tosía mucho. Odiaba profundamente al señor Magdalena, pero en silencio. Pasaba cosiendo diez y siete horas cada día; pero el contratista de las labores de las cárceles, que hacía trabajar más barato á las presas, consiguió hacer bajar los precios, con lo que quedó reducido el jornal de las trabajadoras libres á nueve sueldos. ¡Diez y siete horas de trabajo por nueve

sueldos diarios!... Los acreedores de Fantina eran más implacables que nunca. El prendero, que había recobrado ya casi todos sus muebles, le decía:—¿Cuándo me pagarás, bribona?—¿Qué más podía hacer ella, Dios mio?... Véase acorralada y se iba desarrollando en ella algo de la fiera. Por entonces Thenardier la escribió diciéndole que no podía esperar más tiempo; que necesitaba cien francos en seguida, y que si no se los enviaba pondría á Cosette en la calle, que estaba aun convaleciente de la enfermedad, para que reventase donde quisiera, que él no se había de arruinar por una chiquilla.

—Cien francos! exclamó Fantina. ¿Dónde hay ocupacion que preste un duro diario de utilidad? Vamos... pues... Vendamos el resto.

La desventurada se hizo mujer pública.

## XI.

Cristo nos redimió.

¿Qué viene á ser la historia de Fantina? Simboliza á la sociedad comprando una esclava á la miseria, al hambre, al frío, al abandono, al aislamiento y á la desnudez. Horrible compra! Un alma por un pedazo de pan; la miseria la ofrece y la sociedad la acepta.

La ley santa de Jesucristo gobierna nuestra sociedad, pero no penetra en ella todavía. Se dice que la esclavitud ha desaparecido de la civilización europea; eso es un error: existe todavía; pero pesa únicamente sobre la mujer, y se llama prostitucion. Pesa sobre la mujer, es decir, sobre la gracia, sobre la debilidad, sobre la maternidad. Esta es una de las mayores ignominias del hombre.

Al extremo que llegamos de este doloroso drama, ya no le queda á Fantina nada de lo que fué en otro tiempo. Al encenagarse se convirtió en mármol. El que la toca siente frío. Pasa, se os somete y no os conoce; es la mujer deshonrada. La vida y el orden social le han dicho su última palabra. Le aconteció todo lo que le había de acontecer. Todo lo sintió, lo soportó, lo perdió y lo ha llorado. Ahora está resignada con esa resignación que se parece á la indiferencia, como la muerte se parece al sueño. Ahora nada evita, ni nada teme. Que caiga sobre ella una nube ó pase por encima de ella el Océano, ¿qué le im-

porta ya, si es una esponja empapada?

Al menos ella lo cree así; pero es un error el imaginar que la suerte se agota y que se llega al fondo de una situación cualquiera.

¿Qué será de todos esos destinos empujados de esa manera en confuso tropel? A dónde van? por qué son así? lo sabe el que vé claro en la sombría oscuridad; el único que lo sabe se llama Dios.

## XII.

Los ocios del señor Bamatabois.

Hay en todas las poblaciones pequeñas, como Montreuil-sur-Mer, una clase de jóvenes que malgastan quinientas libras de renta con el mismo aire con que sus iguales derrochan en París doscientos mil francos cada año. Pertenecen estos seres á la gran especie neutra; son impotentes, parásitos, nulos; poseen corta estension de tierra, tienen bastante tontería y bastante chispa; serían rústicos en un salón y se creen caballeros en una taberna; hablan de "sus prados," de "sus bosques," y de "sus colonos," silban en el teatro á las actrices para probar que son hombres de buen gusto; riñen con los oficiales de la guarnición para demostrar que son valientes; cazan, fuman, bailan, huelen á tabaco, beben, juegan al billar, van á ver bajar de la diligencia á los viajeros, viven en el café, comen en la fonda, tienen un perro que les roe los huesos bajo de la mesa y una querida que les sirve los platos encima; se agarran á un céntimo y exageran las modas; admiran las tragedias, desprecian á las mujeres, gastan botas viejas, copian á Londres al través de París y á París al través de Pont-á-Mousson; envejecen embrutecidos, no trabajan, no sirven para nada, pero tampoco dañan mucho.

Si Félix Tholomyés hubiera permanecido en su provincia, sin haber visto nunca á París, hubiese sido uno de esos hombres. Si esos hombres fuesen más ricos, se diría de ellos: "Son elegantes,"; si fuesen más pobres, se diría de ellos: "Son holgazanes." Son sencillamente desocupados, empalagosos y fastidiados, tarambanas y pillastres.

La elegancia de aquel tiempo se componía de un gran cuello, de una gran corbata, de reloj con dijes, de tres chalecos sobrepuestos de colores diferentes, de frac de color de aceituna, de talle

corto y de cola de merluza, con dos carteras de botones de plata, muy espesos y que subían hasta el hombro; de pantalón de color de aceituna más claro, al que adornaban las costuras con número indeterminado de banderas, pero siempre impar; de botitos, con pequeñas herraduras en el tacon; de sombrero de copa alta y de alas estrechas, del pelo formando tupé, de enorme baston, de conversacion salpicada con los retruécanos del cómico Potier, y por remate, de espuelas y de bigotes.

El elegante de provincias llevaba las espuelas más largas y los bigotes más feroces.

Era la época de la lucha entre las Repúblicas de la América Meridional contra el rey de España, de Bolívar contra Morillo. Los sombreros de alas cortas eran realistas y se llamaban morillos; los liberales llevaban sombreros de ala ancha que se llamaban bolívares.

Ocho ó diez meses despues de lo que hemos referido en las páginas anteriores, á principios de Enero de 1823, una tarde que había nevado, uno de esos elegantes, de esos desocupados "de buenas ideas," porque usaba *morillo* é iba embozado en una de aquellas grandes capas que completaban en invierno el traje de moda entonces, se divertía hostigando á una mujer que pasaba y repasaba en traje de baile, descotada y con flores en la cabeza, por delante de la puerta acristalada del café de los oficiales. El susodicho elegante iba fumando, porque también eso era de moda. Cada vez que la mujer llegaba cerca de donde él estaba, la arrojaba al rostro una bocanada de humo, acompañándola con algun apóstrofe, que él creía agudo y chistoso, como por ejemplo:—"Qué fea eres! ¡escóndete pronto! eres desdentada!," etcétera, etc.

Este señor elegante se llamaba Bamatabois. La mujer, espectro vestido, que iba y venía sobre la nieve, ni le respondía ni siquiera le miraba, continuando en silencio y con regularidad sombría su monótono paseo, que la exponía cada cinco minutos al sarcasmo. El poco efecto que causó en ella picó al ocioso elegante, y aprovechando uno de los momentos en que la mujer le volvía las espaldas, se fué tras ella á paso de lobo, y ahogando su risa se bajó, cogió del suelo un puñado de nieve y se lo echó por la espalda entre los dos hombros desnudos. La joven lanzó un rugido, se volvió, saltó como una pantera y agarró al

hombre, clavándole las uñas en la cara y prorumpiendo en las frases más espantosas que puedan pronunciarse en un cuerpo de guardia. Estas injurias, que vomitaba una voz enronquecida por el aguardiente, salían asquerosamente de una boca que carecía de los dos dientes de delante. Aquella mujer era Fantina.

Al ruido que movió, los oficiales salieron del café, los transeuntes se acercaron formando corro alegre, que azuzaba y aplaudía alrededor de aquel torbellino, compuesto de dos seres, en los que era difícil reconocer á un hombre y á una mujer: el hombre defendiéndose con el sombrero en el suelo y la mujer golpeando con piés y manos, descompuesta, rugiente, sin dientes, sin cabello, lívida de cólera, horrible.

De pronto salió rápido de entre la muchedumbre un hombre de alta estatura; cogió á la mujer por el corsé de satin, lleno de barro, y la dijo:

—Sígueme.

La mujer levantó la cabeza y su voz furiosa se apagó de repente. Sus ojos se pusieron vidriosos y empezó á temblar con estremecimientos de terror. En aquel hombre alto había reconocido á Javert.

El elegante aprovechó esta coyuntura para escapar.

### XIII.

Solucion de algunas cuestiones de policía municipal.

Javert apartó á los asistentes, deshizo el círculo y echó á andar á grandes pasos hácia la oficina de la policía, que estaba al extremo de la plaza, arrastrando tras sí á aquella desventurada mujer, que se dejaba llevar maquinalmente. Ni él ni ella decían una palabra. Una nube de espectadores, en el paroxismo de su alegría, los seguía, dirigiendo pullas á aquella infeliz. La suprema miseria dá ocasion á decir obscenidades.

Al llegar á la oficina de la policía, que era una sala baja, que caldeaba una estufa, que custodiaba un guardia, y que tenía una puerta vidriera enrejada que caía á la calle, Javert abrió dicha puerta, entró con Fantina, cerrando tras sí, con gran descontento de los curiosos, que se empinaban sobre la punta de los piés y alargaban el cuello por delante de la vidriera turbia del cuerpo de guardia, procurando ver. La curiosidad es una glotonería, y ver es devorar.

En cuanto entró Fantina, se sentó en

un rincón, inmóvil, muda y acurrucada como una perra que tiene miedo.

El sargento de guardia puso sobre una mesa una vela encendida. Javert se sentó, sacó del bolsillo una hoja de papel sellado y empezó á escribir.

En Francia esa clase de mujeres están completamente relegadas á la discrecion de la policía, que hace de ellas lo que quiere, castigándolas como mejor le parece y confiscándoles su industria y su libertad.

Javert estaba impasible; en su seriedad no se traslucía ninguna emocion, pero estaba grave y profundamente preocupado, porque aquel era uno de los momentos en que ejercía, sin sujetarse á nadie, pero con el escrúpulo de una conciencia severa, su terrible poder discrecional, y conocía que su banquillo de agente de policía era entonces un asiento de tribunal. Juzgaba y condenaba. Renuncia, pues, todas las ideas de su espíritu para desempeñar cumplidamente su cometido. Cuanto más examinaba el hecho de aquella jóven, tanto más indignado estaba. Era para él evidente que acababa de ver cometer un crimen: había visto en la calle á la sociedad, que representaba un propietario elector, insultada y atacada por una criatura excluida de todo derecho, por una prostituta que atentó contra un ciudadano. Él lo presenció. Escribía, pues, silenciosamente: cuando terminó puso la firma, dobló el papel y, entregándoselo al sargento de guardia, le dijo:

—Que os acompañen tres hombres y conducid á esta jóven á la cárcel.

Luego, volviéndose hácia Fantina, la habló así:

—Ya tienes para seis meses!

La desventurada se estremeció.

—Seis meses! seis meses de cárcel!

Qué vá á ser de Cosette? ¿qué vá á ser de mi hija? Debo más de cien francos á los Thenardier; ¿no lo sabeis, señor inspector?

Después de una pausa y de arrastrarse Fantina por las baldosas del piso, juntando ambas manos, continuó hablando en el colmo de su angustia:

—Os pido perdón, señor Javert, y os aseguro que yo no he tenido la culpa. Si hubiéseis estado allí desde el principio de la ocurrencia lo hubierais visto. Os juro que no fué mia la culpa. Aquel caballero, á quien yo no conocía, me echó nieve en las espaldas. ¿Tenía derecho para obrar conmigo de ese modo, cuando yo seguía tranquilamente mi camino

sin molestar á nadie? Pues eso me exasperó... Estoy algo enferma, y eso salta á la vista; además hacia mucho tiempo que se divertía en insultarme y en injuriarme. Yo callaba pensando en mi interior: "Es un señor que se divierte," y tuve con él mucha prudencia. Pero no contento con reirse de mí, me echó la nieve por entre el escote del vestido. Señor inspector, ¡cualquiera de los que lo presenciaron os asegurará que os declaro la verdad! Quizás hice mal en exasperarme, pero ya conoceis que una no es dueña de sí misma en los primeros momentos; el primer pronto no es fácil de evitar. Después, causa cruel efecto sentir una cosa tan fría en la carne cuando menos se piensa. Falté en abollar el sombrero á aquel señor; pero si no se hubiera marchado yo le pediría perdón. Dispensadme por esta vez, señor Javert; ya sabeis que en la cárcel se gana muy poco trabajando, esto no es culpa del gobierno; pero figuraos que tengo que pagar cien francos, ó de lo contrario despedirán á mi hija, y yo no puedo tenerla en mi compañía, porque ¡mi oficio es tan vergonzoso!... ¡Oh, Dios mio, qué sería de mi pobre Cosette! Haceos cargo de que los posaderos Thenardier son unos lugareños que no entienden de razones y lo que quieren es dinero. ¡No me encerréis en la cárcel!... porque si me encerrais, dejarán á mi pobre hija en medio del camino, expuesta á la ventura y en el rigor del invierno... Tened lástima de ella, señor Javert, que es una niña, un ángel; si fuese mayor se podría ganar la vida, pero á su edad... yo no soy mala en el fondo; no es el vicio ni la holgazanería los que han hecho de mí lo que soy. La miseria me hace beber aguardiente; no me gusta, pero me aturde. Cuando yo era feliz, cualquiera veía que yo era una mujer de vida ordenada. Compadeceos de mí, señor inspector!...

Fantina decía lo anterior doblada, de rodillas, entre sollozos y lágrimas, con la garganta desnuda, retorciéndose las manos y tosiendo con tos seca y breve. El dolor supremo es un rayo divino y terrible que transfigura á los miserables. En aquel momento Fantina volvió á estar hermosa. Había instantes en que paraba de hablar y besaba con ternura el levitón del polizón. Hubiera enternecido un corazón de granito, pero no enterneció á un corazón de madera.

—Vamos, contestó Javert, no dirás que no te he escuchado. Si has acabado de decirlo todo, puedes salir. Ya te noti-

fiqué que tenias cárcel para seis meses; ni el Padre Eterno en persona podría impedirlo.

Fantina, al oír las anteriores palabras, comprendió que estaba pronunciada su sentencia. Quedó abatida, exclamando:

—Perdon!

Javert la volvió las espaldas. Los soldados la cogieron por los brazos. Hacia algunos minutos que entró en la sala un hombre sin que nadie reparase en él. Cerró la puerta y se aproximó á oír las desesperadas súplicas de Fantina. En el momento en que los soldados cogieron á la infeliz, que no quería levantarse del suelo, dió un paso en la oscuridad y dijo:

—Deteneos un instante.

Javert levantó los ojos y conoció al señor Magdalena.

Aquel se quitó el sombrero, y con cierta torpeza y cierto enfado replicó:

—Perdonad, señor alcalde...

La palabra alcalde causó en Fantina extraño efecto. Se levantó con rapidez, como un espectro que brota del fondo de la tierra, rechazó á los soldados que le tenían asidos los brazos, se dirigió al señor Magdalena antes de que pudiesen impedirlo, y mirándole con ojos extrañados, exclamó:

—Ah! tú eres el señor alcalde!...

Soltó una carcajada y le escupió en el rostro.

El señor Magdalena sacó el pañuelo, se limpió el semblante y dijo:

—Inspector Javert, poned á esta mujer en libertad.

Al oír esto, Javert creyó volverse loco. Experimentó en aquel instante, una después de otra y casi confundidas, las emociones más fuertes que había sentido durante su vida. Ver que una mujer pública escupía el rostro de un alcalde era para él cosa tan monstruosa, que hasta en sus suposiciones más absurdas hubiera considerado como sacrilegio creerlo posible. Por otra parte, en el fondo de su pensamiento hacia una comparación terrible entre lo que era aquella mujer y lo que podía ser aquel alcalde, y entreveía con horror en ese caso que quizás fuese natural el prodigioso atentado; pero cuando vió al alcalde, al magistrado, limpiarse la cara tranquilamente y le oyó decir: *Poned en libertad á esa mujer*, quedó deslumbrado de estupor; le faltaron al mismo tiempo el pensamiento y la palabra y el asombro excedió en él los límites de lo posible. Quedó mudo.

Aquellas frases no hicieron efecto me-

nos extraño en Fantina. Levantó el brazo desnudo y se agarró á la llave de la estufa, como para no caer, como una persona que vacila. Miró vagamente á su alrededor y se puso á hablar en voz baja, como si hablase consigo misma:

—Que me pongan en libertad! ¡Que me dejen marchar! ¡que no vaya por seis meses á la cárcel!... Lo habré oído mal? Eso no puede haberlo dicho el monstruo del alcalde; sin duda lo dijo el inspector... Lo vais á saber todo, señor Javert. Figuraos que me despidió por las habladurías de una porción de picaronas que tiene en el taller, y él tiene la culpa de todo lo que me ha sucedido desde entonces. ¡Es una infamia despedir á una pobre jóven que trabaja honradamente! Después de despedida no he podido ganar lo que necesitaba y de esto provino mi desgracia. Estos señores de la policía debían hacer una reforma; la de impedir que los contratistas de las cárceles causen perjuicios á las trabajadoras pobres; porque rebajando tanto su jornal, éste no presta para vivir, y hay que ganarse la vida como se pueda. Yo tenía que pagar para que me mantengan á mi hija Cosette, y me he visto precisada á ser una mujer mala. Ya estais viendo que tiene la culpa de esto este pícaro alcalde. Si pisoteé el sombrero de aquel señor delante del café de los oficiales, fué porque él me echó á perder el vestido antes echándome la nieve. Nosotras no tenemos más que un vestido de seda. No hice el mal más que por represalias. ¿No es verdad, señor Javert? ¿Cuántas mujeres hay peores que yo y que son felices? ¿Vos habeis dicho que me pongan en libertad, señor Javert, no es cierto? Preguntad á mi casero y os dirá que le pago bien...—Ah, Dios mio! ¡he tocado sin querer la llave de la estufa y sale humo!...

Magdalena escuchaba con profunda atención. Mientras Fantina hablaba, echó mano á la cartera del chaleco, sacó una bolsa y la abrió; pero al ver que estaba vacía la guardó otra vez. Después preguntó á Fantina:

—Cuánto es lo que debeis?

Fantina, que no miraba más que á Javert, se volvió entonces y dijo:

—Hablo contigo acaso?

Después, dirigiéndose á los soldados, añadió:

—Ya habeis visto que escupí á la cara al bribon del alcalde. Viene á meterme miedo, pero yo no me asusto. Al único que tengo miedo es al señor Javert.

Fantina, hablando así, se volvió hácia el inspector y continuó del modo siguiente:

—Debeis ser justo y creo que lo sois. Lo que pasó es sumamente sencillo. Un señor se divierte echando nieve en el cuello de una mujer; esto hace reír á los oficiales, que son gente de broma, y nosotras, las de mi clase, solo servimos para que esos señores se diviertan. Os apareceis, restableceis el orden llevándoos á la mujer que ha faltado; pero como sois bueno, reflexionais y mandais que me pongan en libertad, no por mí, sino por mi hija, diciéndome únicamente: ¡Cuidado con la reincidencia! Pero estad tranquilo; no me volverá á suceder; aunque hagan conmigo todo lo que quieran me estaré quieta. Grité hoy, porque me hicieron daño y me sorprendió la frialdad de la nieve, pues ya os he dicho que estoy enferma, que tengo tos y que siento en la garganta como una bola que me quema; el médico dice que me cuide. Dadme la mano, no tengais miedo, tocadme y vereis cómo abraso.

Fantina ya no lloraba; su voz era cariñosa y ponía en su blanca garganta la tosca mano de Javert, al que miraba sonriendo.

De repente arregló el desorden de su traje; dejó caer los pliegues de la falda, que al arrastrarse por el suelo se le quedó remangada á la altura de las rodillas, y se dirigió hácia la puerta, diciendo en voz baja á los soldados y moviendo amistosamente la cabeza:

—Hijos míos, el señor inspector ha mandado que me solteis y me voy.

Puso la mano en el picaporte. Al dar un paso más se hubiera ya encontrado en la calle.

Javert permanecía hasta entonces de pié, inmóvil, con la vista fija en tierra, colocado en medio de esta escena como una estatua quitada de su sitio, que espera que la pongan en otro; pero el ruido que hizo el picaporte le despertó, por decirlo así. Levantó la cabeza con expresion de autoridad soberana, expresion más terrible cuanto más baja es la autoridad, y gritó:

—Sargento, ¿no veis que se vá esa bribona? ¿Quién os ha dicho que la dejeis salir?

—Yo, contestó el señor Magdalena.

Fantina, al oír la voz de Javert, tembló y soltó el picaporte, como un ladrón cogido infraganti suelta el objeto robado. Al oír lo que dijo Magdalena se volvió, y sin hablar, sin respirar siquiera, su

mirada pasó alternativamente de Magdalena á Javert y de Javert á Magdalena, segun hablaban uno ú otro.

Era preciso que Javert estu viese fuera de quicio para permitirse apostrofar de ese modo al sargento despues de la indicacion del alcalde de poner en libertad á Fantina. ¿Olvidó que estaba delante del alcalde? ¿Había concluido por creer que era imposible que una autoridad hubiese dictado semejante orden, ó que había dicho sin querer una cosa por otra? ¿O imaginaba que ante las enormidades que estaba presenciando era preciso tomar resoluciones supremas, que era necesario que el pequeño se hiciese grande, que el polizone se transformase en magistrado, el hombre de policía en hombre de justicia, y que en aquella situacion extraordinaria se personificaban en él el orden, la ley, la moral, el gobierno y la sociedad entera?

Sea de esto lo que fuere, cuando el señor Magdalena pronunció aquel *yo*, el inspector de policía se volvió hácia el alcalde, y pálido y frio, con los labios azulados, agitado por imperceptible temblor, le dijo, con la vista inclinada al suelo, pero con voz firme:

—Señor alcalde, eso no puede ser.

—Cómo! exclamó Magdalena.

—Esa infeliz insultó á un caballero.

—Inspector Javert, contestó Magdalena con acento conciliador y sereno; escuchadme. Sois un hombre honrado y no tengo dificultad en explicaros mis intenciones. Vais á saber la verdad. Pasaba yo por la plaza cuando conduciais aquí á esta mujer; había allí aun algunos grupos y me enteraron de lo ocurrido. Todo lo sé. El caballero fué el que faltó y el que debía haber sido arrestado.

—Esta miserable acaba de insultaros, le respondió Javert.

—Esa es cuenta mia, le replicó Magdalena, porque el injuriado fuí yo.

—Perdonadme, señor alcalde; no se os injurió á vos, sino á la justicia.

—Inspector Javert, la primera justicia es la conciencia. He oído á esta mujer y sé muy bien lo que me hago.

—Y yo, señor alcalde, no comprendo lo que veo.

—Pues limitaos á obedecer.

—Obedezco á mi deber, y mi deber manda que esta mujer sea condenada á seis meses de cárcel.

—Pues escuchad bien lo que os voy á decir: no estará en la cárcel ni un solo día, le replicó Magdalena.

Al oír Javert esa afirmacion, miró con fijeza á su jefe y le dijo respetuosamente:

—Siento muchísimo tener que oponerme al señor alcalde; es la primera vez que lo hago en mi vida, pero séame permitido hacer observar que estoy dentro de los límites de mis atribuciones. Me refiero al hecho del caballero insultado. Yo lo presencié. Esta mujer se arrojó sobre el señor Bamatabois, que es elector y propietario de esa hermosa casa de piedra de tres pisos, que hace esquina á la esplanada. Este es un hecho de policía ocurrido en la calle; es de mi incumbencia, y por lo tanto retengo á la culpada.

El señor Magdalena se cruzó de brazos y dijo con voz severa, con voz que nadie había oído aun en la poblacion:

—El hecho á que os referís es un hecho de policía municipal, de la que yo soy el juez, segun los artículos nueve, once, quince y sesenta y seis del Código de procedimientos. Mando, pues, que esta mujer quede en libertad.

Javert quiso intentar el último esfuerzo.

—Pero señor alcalde...

—Os recuerdo el artículo ochenta y uno de la ley de Diciembre de 1799 sobre la detencion arbitraria.

—Permitid...

—Ni una palabra más.

—Sin embargo...

—Salid de aquí, le dijo Magdalena.

Javert recibió este golpe de pié, de frente, en medio del pecho, como un soldado ruso. Saludó profundamente al alcalde y salió.

Fantina se apartó de la puerta y estupefacta le vió pasar por delante de ella, siendo tambien presa de extraño trastorno. Acababa de ver que se la disputaban dos poderes opuestos. Presenció la lucha de los dos hombres que tenían en sus manos su libertad, su vida y hasta su hija; uno la arrastraba hácia el abismo, el otro hácia la luz. En esa lucha, observada al través de las grandes dimensiones con que la abultaba el temor, aquellos dos hombres se le presentaban como dos gigantes, de los que uno hablaba como un demonio y el otro como un ángel. El ángel venció al demonio (esto era precisamente lo que la asustaba), porque el ángel, el libertador, era el hombre que ella aborrecía, el alcalde, autor de todos sus infortunios, el señor Magdalena. ¡La salvaba en el mismo instante en que ella acababa de insultar!